LAS BUENAS NUEVAS DE ENRIQUE

Las buenas nuevas de Enrique

Imp. de B. Izaguirre.—Churruca 17 Madrid.

LAS BUENAS NUEVAS DE ENRIQUE

POR

AMY LE FEUVRE

TERCERA EDICIÓN

SOCIEDAD DE PUBLICACIONES
/ / RELIGIOSAS / /
Flor Alta, 2 y 4 / Madrid / 1927

CAPÍTULO PRIMERO

UN NUEVO AMIGO

Era un muchacho de cara fina e inteligente, cabello entre rubio y castaño que caía en rizos sobre una frente despejada, y unos profundos ojos azules de mirada soñadora. El suave carmín que coloreaba sus blancos carrillos delataba una salud delicada. Más de un transeunte, al pasar cerca, se fijaba con lástima en la pequeña figura recluída dentro de la silla de ruedas.

Pero Enrique no les hacía caso; sus ojos estaban fijos en el Océano que se extendía ante él, y ni aun los alegres gritos de los niños que jugaban, levantando y demoliendo castillos en la arena, parecían atraer su atención.

Su aya estaba embebida en la lectura de un libro; acostumbrada al carácter silencioso y pensativo de su enfermito, después de haberle arreglado los cojines y colocado a la som-

bra de un peñasco, se había sentado a cierta distancia sobre unas piedras lisas para disfrutar de una hora de quietud.

—¿Estará el pobre mar tan cansado como yo?—dijo el muchacho.

Un joven que estaba perezosamente reclinado en la arena a pocos pasos, oyó aquellas palabras y levantó rápidamente la mirada.

—Me gustaría que estuviera tan cansado que se quedara tranquilo—dijo.

Enrique volvió hacia él sus grandes ojos azules.

—Ya trata de estar tranquilo; pero cuando estamos muy cansados, *muy* cansados, no podemos estar quietos.

—Tienes razón, amiguito; no nos quedan fuerzas para resistir la corriente que nos arrastra.

El niño se calló por un momento, y después añadió:

—Ayer lo vi dormido; estaba tan tranquilo, respirando y agitándose un poco en la orilla. Esto no podía evitarlo; nadie puede estar completamente quieto.

El joven sonrió, y ambos entraron así en una lánguida y tranquila conversación, que parecía muy extraña entre dos personas de caracteres tan opuestos.

—Este es un mundo muy cansado, ¿verdad?

—dijo el niño con gravedad propia de un viejo.—El aya está siempre diciendo que así es, y yo también lo creo.

—Sí, uno se cansa pronto de todo—contestó el joven con una amarga sonrisa.

—Todo es siempre igual, ¿no es verdad?, si quitamos las sorpresas; y me parece que también éstas se han acabado para mí.

—¿Cuánto tiempo hace que se han acabado, amiguito?

—Desde el último juguete que me trajeron de París, creo. Papá dice que no me traerá más porque no me produjo sorpresa ninguna, y no me gustan las cosas que no dan sorpresa. Me parece que ya soy demasiado grande para sorpresas. Todas las cosas son lo mismo siempre, ¿verdad?

—Siempre, pequeño filósofo, cuando nos acostumbramos a ellas.

—Hace un rato estaba yo pensando si veré alguna vez una cosa maravillosa de veras. Parece que nunca pasa nada.

—¿Qué te gustaría ver?

—No sé; algo que fuera una sorpresa..., alguna cosa que me hiciera diferente. Me gustaría sentirme completamente contento, ¿sabe usted? Quiero decir, en mi corazón. Creo que eso se llama ser feliz. Me gustaría eso. ¿No le gustaría a usted?

—No se encuentra esa felicidad en este mundo, por desgracia

—El aya dice que la hay; pero ella no la tiene. Creo que la felicidad está solamente en los libros y en los sueños, ¿no le parece a usted?

—Sí, es sólo una fantasía, no una realidad; pero tú eres demasiado pequeño para hablar así.

—Una vez casi fuí feliz—dijo el niño con los ojos iluminados alegremente.

»Fué cuando yo era un niño muy pequeño, y me llevaron al campo, a una granja, y yo estaba muy cansado, y la mujer que había allí me cogió en brazos y me llevó a una cocina muy grande, donde había un buen fuego en el hogar. ¡Era una habitación muy rara! Con platos y cacerolas por las paredes, y un gato con un cascabel al cuello; y la niñera dijo que tenía que irme a la cama; pero la mujer dijo «No», y me apretó contra el pecho, y dijo: «¡Pobrecito mío, que no tiene el calor de una madre!»

»Era una mujer muy gorda y blanda, ¿sabe usted?, y me tuvo en brazos toda la tarde. ¡Y me contaba unas historias tan bonitas! Nunca las he oído después, y papá me dijo que no eran verdad; ella decía que sí, pero ahora ya comprendo más.

—¿Caperucita roja y la Cenicienta, eh?

—¡No, no! ¡Mucho más hermosas! que hablaban de un lugar allá arriba—y levantó los finos dedos blancos hacia el cielo—. Ya no me acuerdo bien; era como un país encantado, donde todo es amor y felicidad. Y hablaba también de un Hombre que vino de allí. Ella decía que aquel Hombre me amaba; pero ahora se me ha olvidado lo que decía, y papá dijo que no valía la pena recordarlo, porque eran historias inventadas para entretener a los niños pequeños.

Una curiosa sonrisa pasó por los labios del joven. Tenía éste un rostro que reflejaba el descontento y la inquietud, y en el cual habían dejado sus huellas la disipación y los desengaños. Aunque relativamente joven en años, era viejo en las cosas del mundo, porque había vivido de prisa; y por haber probado todos los placeres que el mundo puede ofrecer, y haber sufrido una decepción amorosa, había llegado a la conclusión de que la vida no valía lo que costaba vivirla.

Echó una mirada al inocente rostro infantil que tenía cerca, y después al infinito azul.

—¿Que no valía la pena recordarlo?—murmuró—. No, claro que no.

Siguieron unos momentos de silencio; los profundos ojos azules del muchacho escudriñaban detenidamente al nuevo amigo.

—Me gusta usted—dijo al fin el chico con tono sincero—porque usted me comprende. El aya dice que estoy descontento porque me han mimado mucho y me han dado todo lo que he querido. Mi padre dice que es porque estoy enfermo y no soy como los demás chicos; pero yo no quiero ser como los otros chicos, que están siempre corriendo, saltando y metiendo ruido. No se quieren sentar tranquilamente y hablar conmigo: cuando están un rato conmigo dicen que soy «raro» y se marchan. ¿Cree usted que yo soy raro?

—Tú y yo somos de la misma cuerda, amiguito. Los dos estamos cansados de la vida, ¿verdad? Y los que gozan de ella no pueden comprendernos.

—Yo quiero ser feliz—dijo el niño con tono de gran deseo, extendiendo la vista por el azulado mar—; quiero decir: feliz verdad, del todo. ¿Cree usted que lo seré alguna vez?

El joven no respondió, y en aquel momento se acercó el aya.

—Ya es hora de que nos volvamos a casa, señorito Enrique—dijo, y al mismo tiempo dirigía una mirada hacia el nuevo amigo del niño.

El joven se puso en pie, dejando ver su gallarda figura de hombre fuerte y sano.

—¿Es hijo único?—preguntó a la niñera, mirando cariñosamente al enfermito.

—Sí, señor; hijo único de D. Ricardo Monteverde, que es dueño de casi todas las casas que hay por estos contornos.

Pronunció estas palabras con aire de importancia, y se puso a arreglar los cojines del cochecito para emprender la marcha. Al retirarse añadió:

—Su padre ha marchado al extranjero por uno o dos meses, y el pobre niño se siente algo solo.

Pero Enrique sacudió su cabeza, cubierta de dorados rizos.

—No, no me siento solo, porque recibo carta de mi padre muy a menudo. Me gusta tener carta, pero es mejor hablar. ¿Estará usted aquí mañana, señor? ¿Cómo se llama usted?

—Soy el capitán Gutiérrez—contestó el joven riendo—. Sí, es probable que me encuentres aquí mañana.

Despidiéronse, echando a andar el joven capitán en otra dirección, con un cigarro en la boca y murmurando: «¡D. Ricardo Monteverde, el famoso librepensador! ¡Esto sí que está bueno! Me parece que tiene en su propia casa lo que le conviene.»

CAPÍTULO II

UNA CONVERSACIÓN CON EL CAPITÁN GUTIÉRREZ

A la mañana siguiente se formó otra vez la misma extraña pareja. El joven, a pesar de su cínica indiferencia hacia todo lo que le rodeaba, se iba interesando cada vez más en las conversaciones originales y agradables de Enrique Monteverde.

—No hay nadie en el mundo que pueda sujetar el mar, ¿verdad?—preguntó el muchacho al contemplar las olas que se rompían contra las rocas, deshaciéndose en una lluvia de blanca espuma al dar con un obstáculo en su camino.

—Nadie—contestó su amigo—. ¿No has oído la historia de aquel rey que colocó su silla en la playa cuando subía la marea y prohibió a las olas que se adelantaran más?

—¡Qué tonto!

—Quería dar una lección a sus cortesanos, porque lo consideraban como un ser divino.

—¿Y qué es ser divino?

—Poder hacerlo todo—contestó el joven con cierta vacilación.

—Me gustaría ser divino. ¿Sabe usted lo que yo haría si fuera divino?

—No.

—Me gustaría poder navegar hasta aquella nube blanca, lejos de todo el mundo y de todas las cosas, y allá tenderme hasta que el sol se pusiera, y después irme navegando a la gloria.

—¿Qué gloria?

—¿No ha visto usted esas franjas tan bonitas, doradas y de color de rosa y encarnado? Pues detrás debe haber algo. ¿Ha leído usted cuentos de hadas?

—Sí, cuando era pequeño.

—Mi padre no quiere que yo lea muchos libros porque dice que mi cabeza no puede resistirlo. Yo ya estoy cansado de las hadas. ¿Qué clase de libros le gustan a usted? El aya lee novelas, y mi padre libros de ciencia. ¿Le gusta a usted leer?

—Ahora mismo estoy muy ocupado leyendo el libro de la Naturaleza y leyéndote a ti.

—Eso me parece una tontería. Usted no puede leer en mí.

En esto interrumpió la conversación Rex, el hermoso perro de Terranova que acompañaba

siempre a su amo a la playa, el cual, después de haber retozado con algunos muchachos, se había echado a nadar, y aparecía ahora con un librito mojado en la boca, que depositó, como quien cumple un deber, en la silla de ruedas del pequeño inválido.

—¡Bien hecho, Rex!—dijo el niño, cogiendo el libro—. Rex siempre me trae cosas del mar, pero ya sabe que no me gusta que traiga zapatos viejos o basura. Al principio me lo traía, hasta que le enseñé que no quería esas cosas. Esto es parte de una historia. ¡Mire usted! Voy a secarla al sol, y después la leeré. Pero no le diga usted nada a la niñera; no me deja leer nada, cuando está mi padre fuera, sin haberlo leído ella antes. Dice que podría perder su colocación si no lo hiciera. ¡Qué querrá decir con eso!

El muchacho estaba alisando las mojadas hojas, y el capitán le cogió el libro diciendo:

—Probablemente es algún libro que no vale nada, amigo mío. Yo en tu lugar no lo guardaría.

Pero habiéndolo mirado, se lo devolvió con una sonrisa curiosa, diciendo:

—Tómalo; esto no te puede hacer daño.

—Muchas gracias. Me gusta leer cuando el aya se va a merendar. Ya ve usted, me canso de hablarle a Rex; él está casi siempre con-

migo. ¿Por qué no hablan los perros y nosotros sí, capitán?

—Porque tenemos una naturaleza superior y más desarrollada—contestó gravemente el joven.

—Me parece a mí que los perros no se cansan tanto como nosotros, ¿verdad? Y siempre parece que están contentos. A mí no me importaría nada ser perro.

—¿Sin alma?

Enrique abrió desmesuradamente sus ojos azules.

—¿Qué es alma? La cocinera dice algunas veces: ¡Bendita sea tu alma!, y una vez le pregunté qué era eso, y se echó a reir, y dijo que era un soplo. Pero yo no lo creí y se lo pregunté a papá y él me dijo que algunas personas pensaban que tenían almas, pero que la ciencia demostraba... yo no me acuerdo qué. ¿A qué cosa llama usted alma?

—Mira, nos estamos metiendo en muchas honduras; vamos a cambiar la conversación. ¿Cuándo vuelve tu papá?

—Tardará todavía mucho tiempo. ¿Qué es un alma, capitán?

—Te aseguro, niño, que no lo sé. Supongo que es lo que nos hace superiores a los animales. ¿No comprendes tú que eres mucho más inteligente que Rex?

—No, señor; la única diferencia que hay es que yo sé hablar y leer, y él no; pero ahí tiene usted a la cocinera de mi padre, que no sabe leer, y el aya me ha dicho que hay personas que no pueden hablar. En la figura no nos parecemos mucho, ¿verdad?

El capitán Gutiérrez soltó una carcajada.

—¡No mucho, amigo mío, por cierto!

—¿Sabe usted que un día oí decir a la hermana del aya, cuando estaban hablando de mí, de si viviría o no hasta ser hombre: «¡Pobre pequeño, y pensar que su padre cree que morirá como un perro!» ¿Cómo mueren los perros, capitán?

—Se les acaba la vida, se apaga como una vela; y muchas personas dicen que nosotros no morimos así.

La mirada sincera y deseosa de Enrique desconcertó al joven.

—Dígame usted claro lo que quiere decir. ¿Cómo morimos nosotros?

—¿Qué dice tu padre de eso?

—A mi padre no le gusta que hable de la muerte; pero una vez me dijo que era dormir y no despertar nunca. ¿Es eso lo que hacen los perros?

—Supongo que sí.

Siguieron unos momentos de silencio; ambos interlocutores miraban al mar y estaban pensativos.

Por fin Enrique dió un largo suspiro.

—Bueno, estoy bastante cansado. ¡Qué despacio pasa el tiempo! Y siempre lo mismo, nada cambia.

—La vida no es muy atractiva para ninguno de los dos, ¿eh, niño?

Enrique alisó las páginas del libro que tenía en la mano, y empezó a leer lentamente el título.

—«Evangelio..... según..... San Marcos.» ¡Qué título tan curioso! ¿Qué es «Evangelio», capitán?

—Creo que quiere decir «Buenas Nuevas».

—¿Cree usted que ésta es una historia verdadera?

—Creo que sí.

—¿La ha leído usted?

—Sí, la leía cuando era niño.

—¿Es un libro para niños?

—Muchas personas mayores lo leen también. Mira el mar, ¿no es verdad que está muy furioso esta mañana?

Enrique volvió sus azules ojos hacia el mar.

—¿No le parece a usted que algunas veces se enfada? Hoy está furioso y no hay nadie que lo pueda sujetar. Me gustaría ver a alguien que pudiera. Quiere pasar de la línea

de la orilla y no puede. Es inútil que las olas hagan tanto ruido y se agiten tanto. Nunca consiguen nada con rugir tanto.

—Pues yo creo que les gusta. «Vamos allá—dicen ellas—; vamos a tirar aquel barco y a divertirnos viendo a los hombres nadando y hundiéndose; vamos a asustar a los niños y a tirar esos ridículos castillos de arena que hacen. ¡Si pudiéramos ir lejos allá y barrer todo lo que hay en la arena, cómo gozaríamos!» ¿No te parece que les gustaría cogernos a nosotros, Enrique?

—¡Ay, capitán! Usted las hace muy crueles. Ya verá usted cómo sienten haberse puesto furiosas y procuran estar quietas y dormir. Entonces es cuando me gustan más.

Esta resultó ser la última conversación que Enrique tuvo con su amigo por algunos días, porque el capitán Gutiérrez tuvo que ir a la capital para unos negocios; al cabo de una semana volvió, y paseándose por la playa, con el cigarro en la boca, se topó con el cochecillo y su pequeño ocupante.

CAPÍTULO III

«ES VERDAD TODO, ME LO DICE EL CORAZÓN»

Hola, amiguito! ¡Qué animado parece que estás! ¿Qué ha hecho el médico contigo?

Aquel aire de cansancio y melancolía que caracterizaba a Enrique había desaparecido, y en su semblante expresivo se reflejaban una viveza y un interés difíciles de ocultar.

El muchacho se llevó un dedo a los labios en ademán de silencio, echando al mismo tiempo una significativa mirada al aya; después alargó la mano para estrechar la del capitán, y abarcando con una mirada la figura gallarda de su varonil amigo, le dijo:

—¿Le soy a usted simpático, capitán?

—¿Y a quién no lo eres, picarillo?

—No; pero dígamelo usted. ¿Me quiere usted?

El capitán Gutiérrez se echó a reir cordialmente, mirando con afecto al muchacho.

—Pero, ¿adónde vas a parar, Enrique? Acaba de decir lo que quieres. ¿No sabes que he

venido a la playa esta mañana con el objeto exclusivo de verte? Y ten en cuenta que soy uno de los hombres más egoístas y holgazanes que se pueden encontrar en el mundo. ¡Conque ya ves si me agradará tu compañía!

—Pues, mire usted—dijo Enrique en voz baja estrechando todavía la mano que el capitán le había tendido—, quiero que me saque usted del cochecillo y me lleve hasta aquel peñasco que se ve allá, y me siente en sus rodillas como hace mi padre. Pero no le diga usted al aya que lo va a hacer, porque entonces nos va a seguir, y quiero tener con usted una conversación completamente privada.

No tuvo que esperar mucho el muchacho para ver realizado su deseo, y cuando el capitán Gutiérrez lo llevaba en brazos, le dijo:

—¡Pero, chico! ¡El día menos pensado se te va a llevar el aire!

—¿No peso mucho, verdad? Ahora va usted a escucharme, por favor, porque tengo la cabeza tan llena de cosas, que necesito hablar. Estaba deseando ver a usted. El aya no lo ha visto, ¿sabe usted?, ni sabe que lo tengo; no se lo he dicho. Usted y yo nos entendemos, ¿no es verdad? Usted no dice que soy descontentadizo y mimoso, porque usted se parece a mí, ¿no es verdad? Usted sabe lo que a mí me pasa, porque también usted está descontento

y cansado como yo, y los dos queremos cosas nuevas en lugar de las cosas viejas.

—Justamente, pequeño filósofo. Continúa; te escucho con atención.

A Enrique le brillaron los ojos y el color subió a sus mejillas, mientras sacaba del bolsillo un paquetito cuidadosamente envuelto en papel moreno. Abriéndolo lentamente, puso ante la curiosa mirada del capitán las pocas hojas del Nuevo Testamento que se había llevado a su casa ocho días antes.

—Usted dijo que era verdad, capitán—afirmó el niño con tono enfático—, ¡y es admirable!

—¿De veras, niño? Me alegro que te parezca así.

—Pero, capitán, ¿lo ha leído usted alguna vez? ¡Es una historia tan hermosa! ¡Y de un Hombre tan bueno! ¡Yo le quiero mucho! Anoche lloré en la cama por no haber vivido cuando El estaba en el mundo! ¡Si yo hubiera vivido entonces! ¡Si yo le hubiera visto! Hay muchas cosas que no entiendo y muchas cosas que quiero preguntar a usted, ¿sabe usted? El podía hacer todo lo que quería. ¡Figúrese usted! Un día iba a cruzar el mar con otros hombres, y estaba tan cansado, que en cuanto se recostó se quedó dormido; y las olas se pusieron muy furiosas, y el agua entra-

ba en el barco, y El estaba tan cansado, que seguía durmiendo; y entonces los otros hombres tuvieron tanto miedo, que lo despertaron y le dijeron que no tenía cuidado de ellos, que se ahogaran o no, y entonces, ¿sabe usted lo que hizo? Pues se puso en pie, y echó una mirada, y vió las olas furiosas y el mar que quería volcar el barco, y le dijo que se pusiera quieto al momento, ¡y el mar se quedó quieto! ¿No le gustaría a usted haber estado allí para verlo? Y no es eso todo. En otra ocasión anduvo por encima del agua, cuando los otros hombres estaban en un barco, y había también una tempestad. ¡Y fué hasta ellos así!

La cara del muchacho estaba iluminada de entusiasmo, y mirando hacia el mar, extendió la mano y dijo:

—Nadie puede dominarte ahora, pero en otro tiempo hubo uno que te hizo estar quieto; ¡aquello fué grandioso! ¡Cómo me gustaría haberlo visto! Capitán, ¿por qué no me habló usted antes de ese Hombre asombroso?

—Tiene razón tu padre...; tú serías un pequeño entusiasta si...

El capitán se detuvo, pero Enrique le miró fijamente.

—¿Quién es Dios, capitán?

—Niño, nos estamos metiendo en asuntos demasiado profundos para ti...; mejor será que

me des el libro y que olvides todo lo que has leído—dijo el capitán, sin poder disimular del todo su intranquilidad, mientras acariciaba los dorados rizos de su amiguito.

—¡Pero yo *tengo que saberlo!* ¡Olvidarlo! ¡Como si yo pudiera olvidarlo! Y todo ello es verdad: me lo dice el corazón; y usted también dijo que era verdad.

—¿Yo lo dije? Pues no me acuerdo de haberlo dicho.

—Capitán, ¿que no es verdad?

La asustada expresión de aquellos ojos azules, levantados hacia los suyos con toda su confiada inocencia, contuvo la negativa que asomaba ya a los labios del joven. Todavía, aunque las dudas que le habían asaltado, sin que él las rechazara, habían extinguido casi por completo la escasa fe que en un tiempo poseyera, conservaba el capitán en lo más profundo de su corazón el recuerdo de una madre piadosa y de aquellos tiempos en que también él había escuchado las mismas historias que ahora absorbían el interés del muchacho que tenía sobre sus rodillas.

—Será curioso observar la influencia que esta enseñanza ejerce en él—dijo para sus adentros, y añadió en voz alta:

—Sí; no diré que no sea verdad, Enrique, para aquellos que pueden creerlo.

—Entonces, ¿quién es Dios? Porque aquel hombre era hijo de Dios.

—Dios hizo el mundo—contestó el joven con cierta vacilación—, hizo todo lo que ves, y ahora, según dicen muchos, lo gobierna todo, aunque es invisible a los ojos humanos.

—¿Y vive en alguna parte?—preguntó el niño.

—Dios no puede morir nunca.

—¿Dónde está?

—Se cree que está en todas partes.

—No lo comprendo. ¿Y dónde está el cielo? Porque el librito dice que «Jesús fué recibido arriba en el cielo, a la diestra de Dios»; y una vez oí decir a una persona que era un consuelo saber que hay un cielo después de esta vida; y le pregunté a mi padre qué era el cielo, pero él me dijo que era lo mismo que el firmamento. ¡Oh, capitán, dígamelo usted pronto! ¿Y piensa usted que Jesús vive todavía? ¿Ahora? Porque, ¿sabe usted?, fué una cosa asombrosa. Lo mataron; ¡ay, qué historia tan terrible! Yo lloraba sin parar, porque no me figuraba que todo acabaría tan bien. Después que lo sepultaron, se levantó vivo otra vez; y yo sentiría que se hubiera muerto otra vez. ¿Está vivo ahora? ¿Hace mucho tiempo que se escribió esta historia?

—Hijo, hijo; no me hagas tantas preguntas

a un tiempo. Pero ¡qué criatura tan impresionable eres! ¡Pues no estás temblando de pies a cabeza! Mira, vamos a cambiar de conversación. No hay nada en este mundo que merezca semejante ansiedad.

—Pero esto no es cosa de este mundo: es de otro mundo, y yo quiero saberlo. ¿Hay otro mundo? ¿Y cómo podemos ir allá? ¿Está allí Jesús? ¡Oh, capitán, usted puede decírmelo todo, si lo sabe!

Enrique se pasó el dorso de la mano por los ojos para ocultar las lágrimas que se agolpaban a ellos, y el capitán comenzó a comprender que aquel asunto no era cosa trivial para el niño, cuya alma había sido conmovida hasta lo más hondo.

—Bueno, Enrique; te contaré lo que a mí me han enseñado, niño. Escúchame.

Lenta y trabajosamente, pero animándose cada vez más al influjo de aquel anhelo y expectación que los ojos azules del niño revelaban, el capitán Gutiérrez contó a Enrique la antigua historia del hombre, de su caída y de su salvación.

Primeramente le habló en pocas palabras de la creación; después, de cómo entró el pecado en el Paraíso terrenal, y del plan que Dios hizo para salvar al hombre, de la vida futura con sus promesas para las almas cre-

yentes. Enrique le interrumpía de vez en cuando con ansiosas preguntas que requerían nuevas y más claras explicaciones.

El tiempo pasó así muy pronto, y el aya de Enrique se presentó en la escena.

—Este caballero es muy amable al tomarse tantas molestias con usted, señorito Enrique. Muy raras veces ha hecho amistad tan pronto con personas desconocidas, señor — añadió dirigiéndose al capitán—. Es un niño bastante retraído.

—Capitán Gutiérrez, ¿estará usted aquí mañana?—preguntó Enrique.

—Puede ser que sí.

—Tengo la cabeza tan llena, que ahora necesito pensar varias cosas despacio. Pero hay muchas cosas más que quiero comprender.

—¡Cuidado, no vaya a estallar esa cabecita! Me temo que tienes dentro un cerebro demasiado grande.

Al ver cómo se alejaba el cochecito, el capitán Gutiérrez se irguió, y dijo para sus adentros riendo:

—¡Valiente sorpresa se hubieran llevado mis amigos si me hubieran oído esta mañana explicando doctrina cristiana! Todavía voy a acabar en predicador. Quizá sería un cambio que me vendría bien.

CAPÍTULO IV

LA CARTA DE ENRIQUE

La primera vez que el capitán Gutiérrez se encontró con Enrique después de la conversación relatada en el capítulo anterior, vió que el muchacho parecía traer entre manos algún asunto importante.

—Tengo que darle a usted una carta, capitán, y desearía que me hiciera usted el favor de escribir el sobre y enviarla.

—¿Una carta?

—Sí, señor; si usted quiere, léala antes por si hay algo que no esté bien.

Con mucho cuidado y seriedad sacó Enrique del bolsillo un sobre y lo puso en la mano del capitán, fijando después una mirada escrutadora en el rostro de su amigo cuando éste desdobló la carta y comenzó a leer.

Si el contenido de aquella misiva extrañó al capitán Gutiérrez, éste consiguió disimu-

larlo. Es verdad que, al ver el encabezamiento, se atusó el bigote y arqueó las cejas; pero a medida que avanzó en la lectura, su rostro fué tomando una expresión más tranquila, que llegó a ser casi reverente cuando la terminó y dobló de nuevo la breve epístola de letra vacilante e infantil, metiéndola en el sobre.

La carta decía:

A Jesucristo, el Hijo de Dios.

Querido Jesús:

He pensado que me será de mucho gusto el escribiros, para deciros que os amo. Quisiera haber sabido antes lo que ahora sé de Vos; pero de todos modos, me alegro de que vivís, y quisiera ser uno de aquellos niños que cogisteis en brazos, porque sois tan amable. Deseo haceros una pregunta: ¿Me permitiréis ir al cielo para veros? No sé dónde está, pero tal vez podéis enviar a buscarme. Mi amigo el capitán Gutiérrez dice que moristeis para salvar a los pecadores. No sé lo que es ser pecador, pero se lo preguntaré.

Pienso que fueron unos malvados los que os mataron, pero no pudieron conseguir lo que deseaban; de esto me alegro mucho. Es-

pero que contestaréis esta carta, diciéndome si la habéis recibido y si podré veros pronto.

Vuestro afectísimo servidor,

ENRIQUE MONTEVERDE.

—¿Está bastante respetuosa, capitán? Me ha parecido conveniente hablarle así de Vos. Usted podrá enviársela, ¿verdad?

Enrique hizo esta pregunta con tono de ansiedad.

—No, querido, no puedo. ¿Dónde te has dejado ese talento que tienes para pensar tal cosa? ¿Cómo va a ir?

A Enrique le temblaron los labios de sentimiento.

—Yo pensé..., pensé que por los hilos del telégrafo..., o por globos..., o de alguna manera. ¡*Tiene que haber* un camino al cielo, capitán! Y yo quiero que Jesucristo reciba mi carta.

Enrique apenas pudo contener un sollozo, y su amigo, que lo tenía sobre las rodillas, atrajo su rizada cabeza hacia sí y le dijo cariñosamente:

—No llores, Enrique; no hace falta que escribas cartas; si haces tus oraciones, será lo mismo.

—¿Qué son oraciones?—preguntó Enrique entre sollozos.

—Pues hablar a Jesucristo como me hablas a mí. El oye todo. El es Dios, ¿sabes?, y Dios es espíritu. Está cerca de nosotros, aunque no podemos verle; no tienes más que hablarle, y El oye al momento.

—¿Como las hadas?—preguntó Enrique alzando sus empañados ojos, en los cuales brillaba ahora la esperanza.

—¿Las hadas? ¡Hola! ¿Conque tú crees en las hadas, eh? ¡Pero qué criatura tan curiosa eres! Tú crees todo lo que lees, sin duda.

—A veces creo en las hadas, pero no siempre. Me parece que son tontas, ¿no le parece a usted? Pero no hablemos de hadas. ¿Puede Jesús oir lo que le diga, siempre que quiera yo hablarle? ¿Es de veras?

—Sí, creo que puede.

Enrique se quedó callado un minuto, y después su vista cayó sobre la carta.

—Entonces esto no vale para nada—dijo entristecido—. Será mejor que la rompa.

El capitán Gutiérrez la sacó otra vez del sobre y la volvió a leer, con mezcla de diversión y de lástima; y en esto una repentina ráfaga de viento arrebató la ligera hoja de papel, la arremolinó en el aire y se la llevó triunfante, haciéndola desaparecer de la vista de los dos amigos tras un gran peñasco. Enrique la observaba con la boca abierta y las

mejillas sonrosadas; después, en voz baja y solemne, dijo:

—Dios ha dicho al viento que se la llevara a El; de modo que El quiere verla, ¿no es verdad?

—Así parece, seguramente—fué la respuesta.

—Me alegro mucho, porque me costó bastante tiempo escribirla; y ahora, capitán, dígame usted: ¿qué es un pecador?

—Uno que peca, que hace cosas malas..., que es malo. Todo lo que no es bueno, es pecado.

—El aya dice que mentir y esconder cosas es malo. Entonces me parece que yo soy pecador, porque he escondido este librito para que no lo viera el aya y me lo quitara. ¿Es eso malo?

—Supongo que sí.

—¿Y usted es pecador? Quiero decir si lo ha sido usted cuando era muchacho como yo.

—Todos somos pecadores, Enrique. Y cuanto mayores somos, más pecadores. Yo debo ser ahora un pecador bastante grande, me figuro.

—¡Cuánto me alegro!—dijo Enrique con expresión animada—. Porque siendo así, Jesucristo murió por usted y por mí. No entiendo

lo que quiere decir esto, pero debe ser algo bueno, por lo que usted me dijo; ¿no es verdad? Explíqueme otra vez por qué murió.

—Te aseguro, Enrique, que no lo sé explicar. Tu libro lo dice.

—Pero es difícil de entender, capitán, y ayer me lo explicó usted muy bien. Dígamelo otra vez.

—Pues mira, creo que es esto: que si El no hubiera muerto, nosotros no podríamos ir al cielo, y ahora sí podemos.

—¿Cuándo podemos ir?

—Cuando muramos.

—Pero yo he oído decir que cuando las personas se mueren, las ponen en la tierra. ¿Cómo pueden ir al cielo?

—Eso se hace con el cuerpo. Pero se dice que tenemos almas, y que éstas almas dejan nuestros cuerpos y van al cielo.

—*¡Qué hermoso!* —exclamó Enrique con los ojos brillando de alegría—. Y ahora dígame usted: ¿cómo es el cielo?

—No lo sé—dijo el capitán con expresión picaresca—; nunca he estado allí, ¿sabes?

—Pero ayer me dijo usted una porción de cosas acerca del cielo.

—¡Ah, sí! Lo que la Biblia nos cuenta de aquel lugar.

—¿La Biblia? ¿Es ese libro que mi padre me

dijo que no era apropósito para niños? Siga usted, dígame más acerca del cielo.

—Pues es una especie de país encantado, Enrique: todo bondad y felicidad, y todas las cosas y todos los que viven allí, perfectos. No hay preocupaciones, ni cuentas, ni caseros, ni malos amigos; nada que sea falso o engañoso; no hay hipocresías ni apariencias, nada que turbe el bienestar y la dicha de uno.

—¿Y está Jesús allí?—interrumpió el niño con voz dulce—. Eso será lo mejor de todo. Si Él me tomara en sus brazos, creo que sería yo feliz, completamente feliz para siempre. ¿Cree usted que Él lo haría?

—Me parece que podría muy bien hacerlo.

—Pero ¿por qué no hubiéramos podido ir al cielo si Jesús no hubiera muerto? Eso es lo que no comprendo.

—Porque Dios no puede permitir que un pecador entre en el cielo. Dios dijo que el pecador tenía que ser castigado, y el castigo era vivir para siempre separado de Dios. Entonces Jesucristo, como no era pecador, se ofreció a sufrir el castigo en lugar nuestro; para ello bajó del cielo y vivió una vida perfecta, para enseñarnos cómo debemos vivir. Cuando Él murió, se dice que tomó sobre sí todos nuestros pecados, y de este modo Dios nos perdona.

—Y ahora ¿usted y yo vamos a ir al cielo?

—Eso sí que no lo sé.

—Pero usted dijo que éramos pecadores. Lo somos, ¿es verdad?

—Sí; pero habrá muchos pecadores que se quedarán fuera del cielo, Enrique, según dicen algunos.

—¿Por qué?

—Entiendo muy poco de estos asuntos, niño. ¿No te parece que ya hemos hablado bastante de esto?

—Pero—objetó Enrique, haciendo un puchero lastimoso—yo no quiero quedarme fuera del cielo, capitán, y no le entiendo a usted. Usted se contradice. Dijo usted que Jesús murió para que fuéramos al cielo; entonces ¿por qué no hemos de poder ir?

—Tú sí que podrás ir, y puedes estar bastante seguro de entrar allá.

—Entonces, usted también, ¿no?

—Si quisiera supongo que sí.

—¿Y usted no quiere?

—No he pensado en ello.

Enrique estaba confundido, pero tenía fe en su amigo, y pensaba que si las palabras del capitán eran a veces difíciles de comprender, se debía a ser éste una persona mayor que sabía mucho más que él.

—El médico va a venir mañana a verme—

dijo Enrique; después de una larga pausa—; viene de la ciudad una o dos veces al mes; de modo que mañana no estaré aquí. Es muy amable, pero me sacude arriba y abajo, y siempre acaba diciendo: «Tienes que animarte y moverte, amiguito». ¡Como si no me hubiera movido él bastante con todas sus sacudidas y meneos!

—¿Y qué piensa hacer contigo?

—No sé. Una vez le dijo a mi padre que no había razón ninguna para que yo no viviera y llegara a ser un hombre fuerte. Dijo que había que animarme y divertirme; entonces mi padre me llevó alrededor del mundo en su vaporcito; pero no por eso me puse mejor, y a la mitad del viaje ya estaba cansado de aquella vida.

—¿Sabes que eres difícil de contentar, chiquillo?

—Pero ahora ya no será así, capitán. Esa sensación de cansancio se me ha ido ya casi del todo; lo único que deseo es comprender mejor lo que dice mis «Buenas Nuevas».

Pasaron algunos días sin que Enrique y su amigo se vieran. El tiempo se hizo borrascoso y nadie paseaba por la playa, fuera de aquellos que se consideraban capaces de resistir sin peligro al viento y a la lluvia.

El capitán Gutiérrez se aburría e impacien-

taba en sus confortables habitaciones del Hotel Imperial.

—Ya llevo aquí bastante tiempo—decía un día, paseando de un lado a otro de su cuarto—. Estoy deseando que se termine mi licencia. Cualquier trabajo es preferible a esto; y, sin embargo, ¡qué cansado estoy de mis compañeros de cuartel! Casi estoy por pedir el pase a la reserva; pero entonces, ¿en qué me voy a ocupar? No sé qué es lo que me detiene aquí tantos días, como no sea ese chico. La verdad es que merece que escriban una historia de él. Supongo que el final más adecuado sería que se muriera; pero el muchacho parece haber revivido con estas ideas que se le han metido en la cabeza. ¡Habrá que ver al padre, lo furioso que se pondrá cuando venga y descubra lo que ha estado pensando su hijo! ¡Y lo más curioso será que a mí me considerarán como el maestro que le ha enseñado tales cosas!

Ante idea tan extravagante, el capitán Gutiérrez lanzó una carcajada; pero su alegría era tan poco sólida y duradera, que a la carcajada sucedió un profundo suspiro.

CAPÍTULO V

«TENGO LA MAR DE COSAS QUE CONTARLE»

Villa Gloria.

Mi estimado amigo:

Le ruego tenga usted la bondad de venir a verme. El aya dice que no debo molestar a usted, pero yo creo que usted no se molestará por esto. Estoy contentísimo; he escrito a mi padre contándole todo lo sucedido. El aya se ha enfadado mucho, aunque dice que no es por ella, sino por mi padre, que se enfadará más aún. No comprendo por qué se ha de enfadar, y quisiera que usted me lo explicara. El doctor Medina me ha dicho muchas cosas más.

Su afectísimo amigo,

ENRIQUE MONTEVERDE.

Tal era la carta que el capitán Gutiérrez recibió dos o tres días después, mientras estaba

almorzando. Una hora más tarde se dirigía a buen paso hacia Villa Gloria, envuelto en su impermeable, por cuyos bolsillos asomaban un racimo de riquísimas uvas moscatel y un paquete de bombones de chocolate.

Encontró a Enrique echado en un diván en una habitación lujosamente amueblada, con ventanas hacia los hermosos jardines que rodeaban la villa.

El rostro de Enrique se iluminó a la vista de su amigo, a quien dió la mano muy afectuosamente.

—Ya sabía yo que vendría usted. ¡Cuánto le he echado de menos! Tengo la mar de cosas que contarle. Tome usted asiento ahí, en la butaca de mi padre, que es muy cómoda. Usted no me importa que se siente en ella, aunque a ninguna otra persona se lo permito, ni aun a mi médico.

El capitán Gutiérrez tomó asiento sonriendo, y sacó después los regalos que había llevado; al verlos, el rostro de Enrique se alegró de nuevo.

—¡Qué buen amigo es usted!—dijo, extendiendo ambas manos para recibir los cartuchos—. ¿Sabe usted que usted es la primera visita que he recibido para mí solo? Vamos a estar como dos caballeros. Primero charlaremos un rato, y después nos traerán una copi-

ta de vino; he encargado a Simón (que es nuestro antiguo camarero), que compre algunos cigarros buenos para usted. Supongo que a usted no le importará fumar solo, porque yo no fumaré hasta que no sea hombre; me gustaría ver a usted fumando como hacen los amigos de mi padre cuando vienen a verle, que siempre se fuman un buen puro antes de marcharse.

—Lo agradezco mucho—dijo el capitán Gutiérrez con toda la sinceridad posible, aunque la risa le asomaba a los ojos ante lo cómico de la escena—; me será muy agradable. Ahora, vamos a ver, ¿qué has hecho todos estos días de borrasca? Te habrás aburrido soberanamente, ¿verdad?

—No, señor, nada de eso. ¿Cómo, no sabe usted, capitán—y al decir esto Enrique se inclinó hacia adelante con los ojos brillando de emoción—, que he estado aprendiendo a conocer a Jesús? ¿Quiere usted que le cuente?

El capitán se arrellenó en la butaca y cruzó las piernas.

—Con mucho gusto, Enrique.

—Pues verá usted, el médico ha sido el que me ha ayudado. Cuando vino a sacudirme como siempre, yo le dije: ¿No es una lástima, doctor, que Jesús no esté aquí para curarme sin necesidad de sacudidas? ¿Ha oído usted

hablar de él? Entonces él me dijo que sí, y se sentó y me contó una porción de cosas, como hizo usted. Y me dijo que le hablara como si El estuviera junto a mí, porque realmente está aquí, sólo que no podemos verle. Y después se arrodilló ahí en la alfombra, delante de donde está usted ahora, y él mismo habló a Jesús; entonces me preguntó si me gustaría a mí hablarle también, y después de algunos minutos le hablé. Al principio me daba vergüenza, ¿sabe usted?

—¿Y qué le dijiste, amigo?

—Pues le dije: «Querido Jesús mío: Dispénsame que te hable, que ya sé que eres una persona muy grande; pero como mis «Buenas Nuevas» dicen que eres tan bondadoso para con los niños, estoy seguro de que me escucharás. Te doy las gracias por haber muerto por mí, y me alegro mucho de haber conocido que soy pecador, porque sé que Tú eres amigo de los pecadores. No te conozco bien, pero te quiero. ¿Quieres ser mi amigo y hablarme cuando me sienta solo?» Creo que eso fué lo que le dije, poco más o menos, y también le recordé que le había escrito una carta. Me parece que eso fué todo.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Pues entonces, el médico me dijo algunas cosas más. ¡Figúrese usted! Puedo pedir a Jesús todo lo que quiera, y si me conviene, El me lo dará! Supongo que esto lo sabía usted ya, ¿no es verdad, capitán?

—Sí, creo que ya lo sabía.

—Pero ¿no le parece a usted que es hermoso? Pues ya le he pedido un montón de cosas, y algunas me las ha concedido. Le pedí que le diera a la madre de Sara la colada de algunas casas; Sara es una de las doncellas, que es muy amable conmigo, y su madre es tan pobre, que no puede comer carne más que los domingos; pues ya Jesús le ha enviado una señora que le encargó el lavado de su ropa. También le he pedido que parezca el gato negro, que se ha perdido, y que mi padre no se enfade, como dice el aya que se va a enfadar; y le pedí que le hiciera a usted venir a verme, aunque el aya decía que usted no se tomaría esa molestia; y le he pedido también acerca de la cocinera, que siempre me pone de postre arroz con leche, porque dice que eso es muy bueno para los niños, aunque sabe que ya estoy cansado de arroz con leche; le he pedido a Jesús que se le eche a perder el arroz para que no pueda ponérmelo más. Después me acordé del sobrino de Simón, que se ha roto una pierna y ha tenido que dejar la Marina, y su novia, según dice Simón, ya no le quiere; yo le he pedido a Jesús que la haga más cari-

ñosa. En fin: no le puedo decir a usted todo lo que le he pedido. Le hablo y le hablo, y lo mejor de todo es que El no se cansa de escucharme, según dijo el médico, y que El está siempre conmigo.

—¿Y cómo te ha encontrado el médico, Enrique?

—Mucho mejor. Dice que por fin he encontrado la medicina que va a ponerme bueno. No sé qué querrá decir con eso. ¿Lo sabe usted?

—Supongo que quiso decir que ya has encontrado algo que te interesa bastante, amiguito.

—Pues la verdad es que ya no siento aquel cansancio que sentía siempre por dentro. Esta es la mayor sorpresa que he tenido en mi vida. Y además, capitán, he aprendido que puedo hacer cosas para agradar a Jesús. A El le gusta que yo tenga paciencia y que no llame al aya «espantajo», ni tire al suelo las medicinas cuando son amargas. El quiere que le imite lo más posible, y ya se puede usted figurar que esto da bastante que hacer, porque a menudo tengo que pararme y pensar antes de hacer una cosa. Antes procuraba ser bueno, porque el aya me decía que debía serlo; pero ahora, desde que sé que si me porto mal, Jesucristo se entristece por culpa mía, me esfuerzo más

en ser bueno, porque no quiero darle ningún disgusto queriéndole tanto.

Enrique se reclinó nuevamente sobre los cojines, lanzando un suspiro de felicidad, mientras tomaba aliento; el capitán, entretanto, miraba pensativo por la ventana.

—Me parece a mí, Enrique, que has aprendido todo lo que podías aprender, y más de lo que aprenden la mayor parte de los hombres en este mundo. Dentro de una semana me vuelvo a mi regimiento, y he pensado regalarte un ejemplar completo de tus «Buenas Nuevas», como tú dices. Si a tu padre no le gusta que lo tengas, que te lo quite cuando vuelva. Tienes ya en la cabeza algo que no te podrán quitar fácilmente, y si te hace feliz, sería una crueldad privarte de ello. Dile al aya que te lo he regalado yo, y que, estando las cosas como están, más vale que te lo deje leer.

Y al decir esto, colocó en la mano de Enrique un primoroso ejemplar del Nuevo Testamento, encuadernado en piel de Rusia. Cuando Enrique vió lo que era, se puso radiante de alegría.

—¡Qué *buen* amigo es usted! No sé lo que voy a hacer cuando usted se vaya. Quisiera que no se fuera usted nunca. Ya ve usted: usted entiende de todas estas cosas, y podemos

hablar de ellas los dos; pero no sé con quién voy a hablar de esto cuando usted se vaya. El médico viene a verme muy de tarde en tarde. ¿Se enfadará usted si le pido a Jesucristo que le haga a usted quedarse?

—Mejor será que no se lo pidas, Enrique. ¡Mira! Me parece que escampa. Ya ha salido el sol otra vez. ¿No te gustaría bajar mañana a la playa, si hace buen tiempo?

—Sí—respondió Enrique muy contento, acariciando su nuevo tesoro—; ¿y nos encontraremos allí, verdad?

—Probablemente, sí; pero ahora tengo que marcharme.

—Espérese usted un momento. ¿Quiere usted hacerme el favor de tocar ese timbre? Yo no puedo levantarme.

Un momento después apareció un ceremonioso camarero, trayendo una copa de vino y cigarros, que Enrique, con la gravedad de un caballero, ofreció a su amigo el capitán, aceptando éste con igual gravedad, aunque no fué poco el trabajo que le costó conservar su aire formal cuando Enrique, moviendo hacia él su manita, se dirigió al criado en estos términos:

—Simón, este caballero es mi amigo. ¿No lo has visto antes? Es un amigo antiguo y muy simpático. Me gusta más que los amigos que me buscáis el aya y tú; pero es porque éste lo

escogí yo mismo, o, por lo menos, nos escogimos los dos; ¿no es verdad, capitán?

—Así fué, efectivamente, Enrique.

—Y mira, Simón: el capitán Gutiérrez me ha traído las «Buenas Nuevas» más preciosas que has visto en tu vida, con muchas cosas más que el librito que yo tenía; y el capitán Gutiérrez es el que ha hecho que yo sea feliz; de modo que se lo tienes que agradecer. Tú estabas siempre diciendo que te gustaría verme contento. Pues este amigo fué el primero que me habló de Jesús.

El viejo camarero sonreía cariñosamente al niño, y no sabía cómo salir de aquella situación, un tanto embarazosa.

—Es cierto, señor—dijo—, que el señorito se ha mejorado de una manera asombrosa—; y se deslizó respetuosamente fuera del cuarto. Pocos minutos después se despidió el capitán.

Al volver a la ciudad iba sumido en profundos pensamientos.

—Es cosa admirable—se decía—cómo satisface eso el alma de un niño. ¿Durará mucho tiempo? ¿Sería capaz, dado el caso de que yo pudiera creerlo, de satisfacer mi alma también?

CAPÍTULO VI

LAS BUENAS NUEVAS DE ENRIQUE

El tiempo se despejó, y apenas pasó una mañana sin que se encontrasen en la playa el joven capitán y su pequeño amigo. A veces Enrique proponía que leyeran un capítulo de su Nuevo Testamento, después de lo cual seguía una animada discusión. Si el capitán no sentía por aquellos asuntos un interés tan vivo y sincero como el de Enrique, procuraba disimularlo; aunque muchas veces las preguntas y las deducciones que surgían en la conversación le impresionaban fuertemente, porque las encontraba mucho más convincentes e importantes de lo que pensaba.

Por fin llegó la última mañana, y el rostro de Enrique se entristeció cuando se acercó la hora de la despedida.

—¿Me escribirá usted alguna vez, capitán? Le aseguro que pensaré en usted muy a menudo.

—Te prometo escribirte cuatro letras de cuando en cuando, niño.

—Dígame usted, capitán: hay una cosa que me ha preocupado mucho últimamente, y que no puedo comprender; sentiría mucho que usted...

Enrique se detuvo, mirando fijamente a su amigo, y después movió tristemente la cabeza.

—¿Con qué vas a salir ahora?—preguntó el capitán en tono de broma.

Enrique deslizó su mano en la de su amigo, y dijo:

—Pues me preocupa cómo es que usted es tan poco feliz, sabiendo todo lo que usted sabe de Jesús. Yo nunca hubiera estado descontento si lo hubiera sabido antes; y usted, aunque lo sabía, era tan desgraciado y estaba tan cansado como yo.

—Es que para mí no es una cosa tan nueva como para ti, Enrique.

El capitán hablaba con tono vacilante; no podía soportar la idea de que el muchacho perdiera la confianza que tenía en él; pero, por otra parte, la sinceridad le obligaba a desengañarle.

—Yo había olvidado todas estas cosas, amiguito; y ahora ya no me impresionan como a ti. Es por culpa mía, supongo. Tú sabes ya mucho más de estas cosas que yo.

—¡Pero, capitán!—exclamó Enrique abriendo los ojos desmesuradamente—. ¡Si todo lo que sé me lo ha enseñado usted! ¡Y usted sabe explicar las cosas difíciles de una manera tan clara...! Si no hubiera sido por usted, nunca hubiera yo sabido nada de Jesús.

—Lo importante no es saber muchas cosas

acerca de El, Enrique; todos los que se llaman cristianos saben poco o mucho de Jesús; pero es un conocimiento de cabeza, no de corazón, y resulta que no por eso son mejores. Pero no te marees pensando en esto. Tú eres una criatura feliz con tus creencias; consérvalas, y cuando ores a tu nuevo Amigo, ruégale por mí.

Enrique asintió con alegría.

—El ya lo conoce a usted, capitán. Yo se lo he contado todo. Y yo le pediré que le haga a usted feliz. El lo hará, *de seguro*. ¡Ah! ¿Ya tiene usted que marcharse? ¡Cuánto lo siento, capitán Gutiérrez!

El capitán se inclinó, y Enrique le echó los brazos al cuello e imprimió un apretado beso en la bronceada mejilla de su amigo.

—¡Adiós! Procuraré no entristecerme demasiado por su ausencia, porque ahora ya no siento tanto las desilusiones como antes. ¡Pero nunca jamás le olvidaré a usted!

Tan apasionada frase quedó sonando en los oídos del capitán un buen rato cuando se volvía al hotel a preparar su maleta; y sonreía con cierta melancolía al pensar qué dirían sus compañeros de armas si supieran cómo había empleado el tiempo de su licencia.

—¡Bueno! — murmuraba—. La verdad es que envidio la fe y la alegría de ese chico, y casi estoy por imitar su ejemplo. No es una

religión lo que él ha encontrado, sino una Persona real y verdadera, lo cual es muy diferente, por lo que parece.

El capitán Gutiérrez volvió a su regimiento y reanudó sus antiguos trabajos y costumbres. Sin embargo, esperaba con extraño placer las cartas que recibía de Enrique, y en vano procuraba acallar los inquietos e incesantes anhelos de su propio corazón. Fué después al recibir una de aquellas curiosas epístolas, cuando el joven se retiró una noche a su cuarto a resolver de una vez para siempre el problema que le preocupaba; si la religión tenía algún valor positivo para él, o si era sólo cosa buena para niños inocentes y mujeres devotas.

—¡No puedo sufrir más esta inquietud!—se decía enfadado consigo mismo—. ¡No sé por qué me ha dominado este pensamiento de tal modo que no puedo olvidarlo día y noche!

Y después de estas reflexiones abrió una vez más la carta del muchacho, que decia así:

«Mi queridísimo amigo:

Su interesante carta me dió mucha alegría, y me gusta mucho todo lo que usted me cuenta de los toques de corneta, y de los soldados, y de su caballo tan inteligente. Me estoy mejorando tan deprisa, que el médico ha dicho que pronto podré montar en una jaquita y sa-

lir así a paseo, en lugar de ir en el cochecito. Eso me gustará mucho. Mi querido papá está muy enfermo. No me ha escrito desde que yo le escribí contándole las «Buenas Nuevas» que había encontrado. Le escribió al aya diciéndole que no me riñera, que yo lo olvidaría todo pronto. No comprendo lo que quiere decir esto. ¿Lo comprende usted? Ha cogido una fiebre en Africa. Yo le pido al Señor Jesucristo que lo ponga bueno y me lo traiga pronto. Querido capitán, ¿es usted más feliz ya? Yo cada día soy más feliz. Le cuento a Jesús todo lo que sé de usted, y creo que El lo siente también, porque a El le gusta que todos sean felices. ¿Le ha dicho usted lo que le pasa? Supongo que se lo ha dicho, porque El puede hacerlo todo, ¿no es verdad? Lo más extraordinario que ha hecho conmigo últimamente ha sido que pareciera mi cortaplumas. Lo había perdido, y era un regalo de mi papá con mi nombre grabado en él; ya hacía meses que se había perdido, pero cuando supe que Jesús podía darme cosas que yo deseara, le pedí que pareciera mi cortaplumas. Le dije al aya que parecería, y se echó a reír; pues ayer me lo trajo Rex en la boca; lo habia encontrado en el jardín, debajo de un montón de hojas secas. Jesús es tan bueno, que le dijo a Rex dónde estaba; y es porque sabe que a

Rex le gusta mucho encontrar cosas perdidas. Rex estaba loco de contento, y yo también. Dice el aya que no debo escribir más.

Su afectísimo servidor y amigo,

ENRIQUE.»

—¿Le he dicho lo que me pasa? Claro que no. Yo mismo no lo sé. Y si este libro dice verdad, nunca estaré en paz hasta que haya entrado en relación con El. Yo comprendo en mi alma que esto es verdad; la dificultad está en hacerlo. Enrique lo resolvió de la manera más fácil del mundo. Si uno fuera niño, la cosa sería bien fácil; pero un hombre tan duro como yo...

En esto el capitán Gutiérrez se detuvo sorprendido. Había estado hojeando la Biblia al azar, y de pronto aparecieron ante su vista estas palabras, que parecían penetrar en su alma en caracteres de fuego:

«Si no os volviereis y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

«Así que cualquiera que se humillare como este niño, éste es el mayor del reino de los cielos.»

Largo tiempo estuvo el joven meditando. Cuando sonaron las doce de la noche, estaba arrodillado y pidiendo a Dios que iluminara su alma.

«¡Señor, creo; ayuda mi incredulidad!»

CAPÍTULO VII

LA CARTA DEL PADRE

Mi querido amigo:

Estoy muy afligido, y no he cesado de llorar en todo el día; mi queridísimo padre ha muerto; no le veré más hasta que vaya al cielo. El aya lo supo ayer, y hoy llegó mi tía, a quien yo no conocía antes, que ha estado con mi padre en su enfermedad, y lo ha visto morir cuando ya había arribado el vapor a España. Mi tía sabe mucho de Jesús, y le ama, como usted y yo; me alegro de que usted sea ya completamente feliz.

Mi tía me dió parte de una carta que mi amado padre había empezado a escribirme, pero no pudo acabarla. El le dijo a mi tía que me llevara a vivir con ella, o que se viniera ella a vivir conmigo; y ella ha decidido venir, porque yo no quiero marcharme de casa. Mi tía me da permiso para que envíe a usted la carta de mi padre. Yo le he dicho que, después de mi padre, usted es el hombre a quien más quiero, y entonces ella me dijo que a usted le gustaría ver la carta de mi padre, y que la comprendería usted mejor si le enviaba con ella la que yo le había escrito, la cual guardó él debajo de la almohada, y se la dió a mi tía antes de morir.

Ahí le envío, pues, las dos cartas. ¿Vendrá usted a verme? Soy muy desgraciado por habérseme muerto mi padre; pero se lo he contado a Jesucristo, y El me consuela.

Su afectísimo amigo,

ENRIQUE.

La carta de Enrique a su padre decía así:

Mi queridísimo padre:

Hoy tengo mucho que contarte, y estoy seguro de que te alegrarás de saber que por fin soy feliz. He encontrado el libro más maravilloso que existe, cuyo título significa «Buenas Nuevas», y es todo verdad. Me lo trajo Rex del mar, y el capitán Gutiérrez me ha contado muchas cosas más. Trata de un hombre sumamente bueno y amable. Yo le tomé cariño en cuanto leí su historia, y después he sabido que vive, porque aunque lo mataron, resucitó, porque no debía morir para siempre. Era

Dios, y subió al cielo; pero aunque está allí, está también en el mundo, sólo que no podemos verle; y El ama a todos, a ti y a mí también. Se llama el Señor Jesucristo. ¿Habías oído hablar de El antes, papá? Nunca me has dicho nada de El. Mi amigo el capitán me lo ha explicado todo; me ha dicho que él murió porque quería que fuéramos a un lugar muy hermoso en el cielo, y que no hubiéramos podido ir si El no hubiera muerto. No temió sufrir mucho con tal de hacernos felices a costa de sus padecimientos; y le gusta que le hablemos, y siempre nos oye; y dice el doctor Medina que Jesús me dará todo lo que yo le pida, si es cosa que me conviene. Mi librito dice que El es amigo de los pecadores, y he descubierto que yo soy pecador, y el capitán Gutiérrez también. ¿Eres tú pecador, padre querido? Me alegraría que lo fueras, porque Jesús murió por los pecadores.

Es muy agradable tener siempre a Jesús cerca para hablarle. Yo se lo cuento todo, y nunca me siento solo, como antes; El me quiere; me lo dice el corazón. El aya dice que te vas a enfadar. No te enfadarás, ¿verdad? Nunca quiere decirme por qué. La hija de su sobrina se ha casado con el hijo de nuestro guarda. Simón dice que es una joven muy lista. Rex mató un pollito el otro día. El jardinero le pegó, y él vino a mí quejándose. ¿Puede ser pecador un perro, padre? Espero que me escribirás una carta muy larga y que volverás pronto.

Tu hijo, que te quiere mucho.

ENRIQUE.

La carta del padre era como sigue:

Mi queridísimo hijito:

Hace tiempo que quiero escribirte y he roto ya tres cartas; la cuarta, no quiso tu tía que se te enviara; de modo que tengo que empezar de nuevo. Tu pobre padre está muy enfermo, Enrique, y me temo que no lo volverás a ver más. He recibido tu última carta y la he leído muchísimas veces. Me alegro de saber por el doctor Medina que mi niño está mucho mejor de salud y más contento. Espero que llegarás a ser un hombre robusto, capaz de gobernar tu vida mejor que tu padre; porque te digo, hijo mío, que ahora me doy cuenta de que no he sabido dirigir la mía. Esto no se comprende hasta que no se ve uno en su lecho de muerte.

Sí, Enrique, cree lo que quieras y en quien quieras, y ¡ojalá que tu creencia te haga más feliz que me han hecho a mí mis ideas! No te

he hablado antes de las cosas que tanto te interesan ahora, porque... ¡Vaya!... No escribo más. Piensa cariñosamente en mí, y cuando ores, acuérdate de mí en tus oraciones. Una cosa te encargo como mandato terminante: y es que quemes todos los libros, manuscritos y cartas que encuentres en mi biblioteca. No perdones nada.

Adiós, hijo de mi alma. Tu tía...

P. D. Enrique, tu papá está tan débil, que no puede acabar esta carta. Yo, tu tía, iré a verte y te lo contaré todo.

FLORENCIA MONTEVERDE.

El capitán Gutiérrez leyó estas tres cartas en su cuarto.

—¡Pobrecillo!—se dijo—. ¡Quién sabe si su padre también encontró la luz y la paz de su alma en los últimos días de su vida! Si así fuera, Enrique, habrás llevado dos hombres extraviados al reino de los cielos.

FIN